

Por: Dr. José Ignacio Hanna Jairala

La nueva anormalidad

Sí... No es un error tipográfico que necesitará apelar a una fe de erratas, precisamente me quiero referir a una "nueva anormalidad"; y es que para todo ser humano con una mecánica de pensamiento coherente, debería ser normal que si el mundo está atravesando una situación dantesca que no conoce precedentes cercanos, debamos unir esfuerzos para alivianar sus consecuencias.

Hace un año sabíamos muy poco de esta peste, hoy sabemos que la única forma segura de cuidarnos es llevar mascarilla, lavarnos las manos y evitar aglomeraciones, lo que se ha denominado "la nueva normalidad", pero lo que resulta una "nueva anormalidad" es que parecen no importarnos estas recomendaciones, pese a que sabemos que si no las ponemos en práctica arriesgamos nuestras vidas y las de las personas que más queremos.

Vamos a ver... No se trata de agarrar un fusil para ir a pelear una guerra exponiendo nuestras vidas por el honor de una bandera, tampoco es cuestión de viajar al espacio exterior en una nave ultramoderna para evitar que un meteorito gigante se estrelle contra la Tierra y mucho menos tenemos que luchar contra zombis o alienígenas que vienen a apropiarse de nuestro planeta; se trata de ponerse una mascarilla y simplemente no nos da la gana de hacerlo.

Somos una sociedad extremista, no queremos negociar con términos medios, es pasar sin escalas del pánico al hedonismo; o nos quedamos encerrados en casa bajo siete candados o salimos a vivir un carnaval carioca.

Tenemos que acostumbrarnos a razonar, a saber que la vida es como es y no como nos da la gana que sea, que la mascarilla debe cubrir la nariz y la boca, que no es babero ni visera, que no impide respirar y que no hay que quitársela para hablar por teléfono; que no es momento de hacer "reuniones pequeñitas" ni fiestas clandestinas de 20, 50 ó 100 personas y que ni toda la capa de ozono, ni implantarse el corazón de Ironman, ni colgarse el collar de Moana, ni respirar mentol chino, ni tomarse un litro cloro son la panacea, el eslabón perdido o la kriptonita contra este virus.

Es momento de hacer conciencia; de nosotros depende si seguimos llevando un comportamiento pueril pretendiendo vivir en una película en la que somos un héroe de acción, que atraviesa desiertos, valles y montañas en búsqueda de una vacuna milagrosa hecha a base de limón y de jengibre, o si de una vez por todas empezamos a actuar con madurez y mostramos respeto al prójimo para no terminar transformando esta película cuyo género aún está por definirse, en una obra maestra del terror.